

Demetria ha muerto: el relevo de una cultura o la apostasía de las gentes del campo

ETELVINO GONZÁLEZ LÓPEZ

Me propongo con esta intervención poner en evidencia el fenómeno del cambio de mentalidad, de actitudes, de creencias, que *La aldea perdida* apunta y anuncia y que acaban teniendo histórica realización en eso que se denominó la apostasía de las masas, es decir, alejamiento de unas creencias religiosas y de los valores morales anexos, que era tanto como abandonar el esquema interpretativo del mundo y de la historia profesado durante siglos. Contrastaré el anuncio valdesiano con los análisis que treinta años después hará otro lavianés, el sociólogo Maximiliano Arboleya.

Quien más claro lo entrevistó fue don César de las Matas de Arbín, que lo formuló con toda nitidez:

“En vano es que nuestras débiles manos quieran detener la rueda de la vida. Pasaron los griegos, pasaron los romanos y pasaremos nosotros...Hace ya tiempo que siento el ruido de la ola que nos ha de arrebatar. Desde que comenzó la explotación de las minas de Langreo comprendí que nuestra vida patriarcal, nuestras costumbres sencillas, iban a fenecer. Y, en efecto, amado primo, te lo diré con franqueza: ¡Demetria ha muerto!... la gloriosa Demetria, la diosa de la agricultura, la diosa que alimenta, como la llama Homero... esa que vosotros los latinistas llamáis Ceres. Demetria ha muerto y se prepara el advenimiento de un nuevo reinado, el reinado de Plutón. Saludémoslo con respeto, ya que no con amor...¡Con amor no! Yo no puedo amar a ese dios subterráneo,

que ennegrece los rostros y no pocas veces también las conciencias. La Arcadia ha concluido”¹

En estas palabras, tensas e intensas, se expresa el temor y el dolor del señor de las Matas de Arbín, un personaje central de *La Aldea Perdida*, trasunto quizás de aquel abuelo paterno de quien nuestro escritor nos dejó magnífico retrato en *La novela de un novelista*. Expresa dolor por la pérdida de su modo de vida, patriarcal y sencillo. Anuncia pérdida fatalmente irremediable porque nada hay estable en el universo, en el que todo corre, todo marcha, nada se detiene, según explica “el hombre más docto que había producido jamás el valle de Laviana”, citando con ribetes filosóficos a Heráclito y su *panta rei kai ouden menei*.

1. EL RELEVO DE UN MODO DE PRODUCCIÓN

Aquella fatalidad cósmica tiene una señal de alerta: la explotación de las minas. Nosotros sabemos que no es una señal telúrica sino un fenómeno económico, técnico, que desencadena el cambio, cambio de modo de producción y, por ello, de modos de vida, de modos de relación, de concepción del mundo y de la historia. La industrialización es el relevo del modo de producción agraria y, en consecuencia, de su cultura.

1.1. Rasgos de la economía en la sociedad patriarcal o tradicional.

En nuestra novela hallamos rasgos perfectamente definidos de lo que se denomina modo de producción tradicional, patriarcal, agraria² y el anuncio de sus relevos.

1º. Pobreza.

La mayoría de la población vivía al borde del desastre económico sin apenas perspectivas de mejorar. Así era la situación real de la Arcadia:

“Los desgraciados habitantes de esta región apenas pueden a costa

1 Véase *La aldea perdida* (en adelante, LAP), capág. IX. 204-205. Las citas se hacen por la edición Espasa 1999, de A. Ruiz de la Peña.

2 Véase DEANE, P., *La primera revolución industrial*. Barcelona 1975.

de grandes esfuerzos llevar un pedazo de borona a la boca”. “Además, pasar toda la vida con borona, leche y judías era bien duro”³.

2º. *Estancamiento.*

Esa situación de pura subsistencia obligaba a las familias a cerrarse en los límites de su pueblo, único lugar en que esperaban obtener ayuda en caso de infortunio. “Como apunta M. Arboleya, eran “los tiempos ... de economía más cerrada, cuando las aldeas vivían como si dijéramos sobre sí mismas, sin relación casi con el exterior con el ‘mundo’; cuando los campesinos sólo iban a las ciudades para pleitear, para pedir préstamos al usurero o para corromperse...”⁴

3º. *Dependencia de la agricultura.*

Es casi una tautología el afirmar que la agricultura era el medio fundamental de vida y muy pocas familias conseguían librarse de la amenaza del desastre climatológico. Cabe diferenciar, con Elías Domínguez, diversos tipos de relación con la tierra, los cuales a su vez determinan sensibles diferencias intraestamentales⁵

4º. *Falta de especialización.*

En una economía preindustrial el trabajador se dedica generalmente a diversas ocupaciones y trabaja en diversas industrias, como el tío Pacho y la tía Agustina.

5º *Escasa integración geográfica.*

Como resultado de la ausencia de comunicaciones, la mayoría de las decisiones se tomaban en relación con las condiciones del mercado regional e incluso la mayoría de las decisiones económicas estaban condicionadas por las unidades de producción de base familiar. La ausencia de planificación interregional es flagrante.

En consecuencia de todo ello, un propietario de tierras y ganados se resistía al cambio con ese tipo de razonamientos en función de aquel modo de producción:

3 La *borona*, alternativamente como signo de pobreza o como pan del cielo, según vemos.

4 VIII Curso de las Semanas Sociales de España. *Problemas agrarios de España*. 30 sept.-7 oct., Zaragoza 1934, pág. 530.

5 G. DOMÍNGUEZ, E., La sociedad patriarcal en ‘La aldea perdida’, BIDEA 1968, 201-215.

“Hasta ahora hemos vivido a gusto en este valle sin minas, sin humo de chimeneas ni estruendo de maquinaria. La vega nos ha dado maíz suficiente para comer borona todo el año, bien sabrosas patatas y legumbres... El ganado nos da leche y manteca, y carne si la necesitamos, tenemos castañas abundantes que alimentan más que la borona y nos la ahorran durante muchos días, y esos avellanos que crecen en los setos de nuestros prados producen una fruta que vendida a los ingleses hace caer en nuestros bolsillos todos los años algunos doblones de oro. ¿Para qué buscar debajo de la tierra lo que encima de ella nos concede la Providencia: alimento, vestido, aire puro, luz y leña para comer nuestro pote y calentarnos en los días en los días de riguroso invierno?”⁶

1.2. Nuevas fuentes económicas.

La aparición de nuevas fuentes económicas como los salarios, el hospedaje, el comercio, los servicios, traía un cambio fundamental y radical en la vida de aquellas aldeas. Lo anunciaba el joven Antero:

“Amaneció al cabo el día por nosotros tan ansiado, el día que nuestro valle salga de su profundo y secular letargo... Los desgraciados habitantes de esta región que apenas pueden, a costa de grandes esfuerzos, llevar un pedazo de borona a la boca, dentro de pocos días, gracias a la iniciativa de una poderosa empresa francesa, que va a sembrar aquí sus capitales, encontrarán medios de emplear sus fuerzas, ganarán jornales jamás soñados por ellos. Y con estos jornales se proporcionarán muy pronto las comodidades y los goces que embellecen la vida”.⁷

No era sólo un anuncio; aquellos cambios importantes venían acreditados por la experiencia, pues era sabido que “en otras partes los jornaleros comían pan blanco, tomaban café, bebían vino y en vez de aquellas camisas de hilo gordo que ellos gastaban, se ponían a raíz de carne unas camisetas de punto suaves, suaves como la pura manteca”.⁸

Por lo que hace a las repercusiones sociales de la introducción de un nuevo modo de producción —“cambios, desplazamientos, rupturas y reajustes que se producen en el organigrama estamental”— están hábil-

6 LAP, cap. IV.

7 LAP, cap.. V.

8 LAP, cap IV..

mente reseñadas por J. L. Campal en *Las clases populares en 'La aldea perdida'*.⁹

2. EL UNIVERSO DE LAS CREENCIAS.

2.1. *Recurso a fuerzas supranaturales.*

Se mencionó más arriba a la Providencia. A ella tenía que agradecer el capitán don Félix Cantalicio Ramírez del Valle cuanto para él hacían aparceros y criados.

Para éstos y para cuantos vivían de una mísera agricultura, la debilidad económico-social, la dependencia de factores incontrolables como la lluvia y el sol, hacían más propicia la actitud de recurso a fuerzas supranaturales, en una palabra la religiosidad. De religiosidad se nos surten abundantes datos (fiestas, prácticas y creencias) en *LAP*. De aquella religiosidad que podemos llamar ortodoxa, oficial e institucionalizada; pero también de creencias, temores, conjuros y anticonjuros, de la que se considera desviada o marginal.

El cambio de modo de producción, de hábitos y modos de vida hizo un fuerte impacto en el sistema de creencias. De ello me voy a ocupar más prolijamente.

Pues hallamos su contrapunto en aquello que traerá la nueva economía en el terreno de los comportamientos, de las actitudes, de la conducta, de los valores. Ese contrapunto lo marcan por un lado los técnicos foráneos y por otro los mineros.

2.2 *El mal viene de fuera:*

Según las relaciones que tres obispos de Oviedo presentan a Roma en sus visitas *ad limina*¹⁰ en la segunda mitad del siglo, el deterioro de las creencias viene de fuera. El pueblo asturiano es piadoso e ingenuo, está ávido de la palabra divina. Pero la industrialización trae dos factores que producen ese deterioro:

⁹ CUBERA, n. 36. Villaviciosa 2003. Es de referencia obligada la obra de Guadalupe GÓMEZ-FERRER, *Palacio Valdés y el mundo social de la restauración*, Oviedo, 1983.

¹⁰ Son I. Díaz Caneja (1848-56), B. Sanz y Forés (1868-81), R. Martínez Vigil (1884-1904). Vid. GONZÁLEZ NOVALÍN, J. L.. *Las visitas ad limina de los obispos de Oviedo (1585-1901). Una fuente eclesiástica para la historia de Asturias*, Oviedo, RIDEA, 1986.

a) la industria traída por liberales y/o protestantes que corroen la religiosidad del pueblo aunque tienen poco éxito en la captación de socios; el clima de libertad y la tolerancia de los poderes públicos es caldo de cultivo para el liberalismo, el protestantismo y la masonería.

b) la industrialización produce un fenómeno inmigratorio que trae el socialismo, si bien éste no tiene carácter violento. La propaganda escrita prolifera por la tolerancia de la patronal.

c) prepararon el terreno las guerras civiles [1833-40 y 1846-49] contribuyeron no poco –dicen- a alterar las costumbres del pueblo, introduciendo la desobediencia a las leyes, la anarquía.

Nos fijaremos en los dos primeros factores, ligados ambos a la industrialización:

Los técnicos:

La primera parte del capítulo V *La romería del Carmen*, dedicado a presentar quiénes eran y sobre todo cómo pensaban unos y otros los que pensaban en lo que se anunciaba. Allí están las fuerzas vivas locales –alcalde, escribano, farmacéutico, médico- y Antero, jovencísimo laureado de la Universidad de Oviedo, que introduce al ingeniero de Madrid y al químico belga; sus lecturas –que no en vano se citan y “hasta se decía que en cierta ocasión, de sobremesa con varios sacerdotes, les había puesto en grave aprieto hablando del Génesis” (p. 129)-, sus ideas sobre el progreso, su compromiso por la modernización le definen como un representante del pensamiento liberal.

Pues bien, “todos estos señores y los demás que se sentaban a la mesa del capitán compartían las ideas de joven Antero” (p. 134). Lo demostraron acogiendo con hurras y palmas su vibrante discurso. No así don Félix ni don César ni don Prisco. Aquellos rieron y celebraron el idealista discurso del ingeniero madrileño que anunciaba el relevo de la borona –manjar, feo, pesado y grosero, culpable del atraso intelectual y la rudeza- por el pan blanco de tigo con lo que “despertará la inteligencia, se aguzará el ingenio, crecerán los ánimos y, por fin, entrarán en el concierto de los hombres civilizados los habitantes de este país” (p. 137-138), motivando el rechazo de don Félix y de don César.

La segunda parte del capítulo presenta un vivo contraste: los mozos del valle desempeñan una batalla muy otra y el pueblo lanza otros hurras. Episodio que, por heroico y idealizado que se presente, no deja de ser demostración de que otra cultura era precisa. Y es curioso que en los márgenes de la historia que en aquellos momentos se juega, de un lado

esté don César oponiéndose con sus pujos de helenismo y del otro unos mozos, ajenos al cambio histórico, y cuyas peleas se narran con indudables referencias a las gestas heroicas de Grecia.

Los mineros.

El tema de los mineros ha sido tratado por Guadalupe Gómez-Ferrer, por Francisco Trinidad, por Benigno Delmiro y poco nuevo queda por añadir; pero me veo obligado a hacer algunas indicaciones en función de mi tema.

Plutón y Joyana son literaria condensación de rasgos negativos, método de contraste necesario para el desarrollo de la trama dramática y, desde luego, para su desenlace trágico¹¹. Lo que ellos introducen allí no es el proletariado organizado y menos aún consciente; son dos personajes siniestros, delincuentes comunes -“habían estado en presidio, eran insolentes, agresivos y tanto les importaba sacar las tripas a un hombre como matar a una gallina”- que personifican la catástrofe que se cierne sobre la aldea y su vida sencilla, tranquila y rutinaria. La violencia que ejercen no es violencia revolucionaria. Sus actitudes no derivan de una crítica social, ni menos filosófica. No aportan reivindicaciones obreras. Su abandono de las creencias -que se supone por la conducta- al igual que su inmoral proceder no es apostasía proletaria. Pero anuncia un cambio drástico: irrumpen y rompen la armonía previa. Después de ellos Demetria ha muerto. Y habrá muerto a manos de ellos.

Tampoco son proletariado organizado aquellas cuadrillas de mineros y operarios traídos de otros puntos, alojados en Carrio, Entralgo y Canzana, huéspedes incómodos, agresivos, pendencieros, alborotadores y que tenían siempre con el alma en vilo a los vecinos; no cesaban de proferir blasfemias horrendas, que enseñaron a los zagales el oficio y con él los vicios. Pero no es menos cierto que desarticulan la forma de vida y agreden los sentimientos de los naturales de la aldea entre borracheras, blasfemias, pendencias, tiros y puñaladas. Son oprimidos convertidos en opresores de los campesinos. Los zagales, por su parte, asimilan aquellos modos fanfarrones y enseguida se proveen de navaja y pistola¹².

Muy otra es la cultura del obrero consciente y organizado. Pero en esos

11 “Poema de signo trágico” lo denomina Francisco Trinidad, en “*Et in Arcadia ego*”, CUBERA, n. 36, Villaviciosa 2003, págs. 10-11.

12 LAP, cap XVI. Véase TRINIDAD, F., “Los mineros vistos por Palacio Valdés”, en *Actas del I Encuentro de Escritores de la mina*, Abril de 2001.

momentos (década de los '60) aún no se han formado aquellas organizaciones que darán al trabajador explotado los elementos de conocimiento del sistema explotador, del nuevo modo de producción, que les ayudarán a formar conciencia de clase y de su dignidad, que desarrollarán una larga y ardua labor educativa. Estamos muy lejos de ese momento. Los trabajadores que aquí aparecen son hombres embrutecidos por el sistema explotador. Enrique Celaya, el batallador concejal de Langreo, dejó un relato estremecedor de las condiciones de vida de los obreros de la mina, que compite –siendo él autodidacta- con los más expresivos y dramáticos del género¹³. Y nos dice cómo la primera manifestación de un 1º de mayo reivindicando la jornada de 8 horas, el descanso, las condiciones de trabajo nocturno, del trabajo de la mujer y de los menores, la supresión de las cooperativas patronales y del pago en especie, se hará en España en 1890 y ello supone un nivel de organización importante. En Langreo, la primera será en 1898¹⁴. Por tanto aquellos mineros que venían de Sama en el *tempo* de LAP eran –rebeldes con causa y sin lucidez de clase- eran el primer producto del trato degradante de un sistema de cuyas garras haría de arrancarle justamente la cultura obrera.

Otros obreros aún en situación de degradación –esta vez humillados y sin rebeldía- nos los presenta Palacio Valdés en *La Espuma*¹⁵. Pero esto no es de aquí y ahora, aunque sí muy importante para ahondar en el pensamiento del primer Palacio Valdés. Como lo será para detectar su evolución el análisis de *Santa Rogelia*¹⁶.

En cuanto a organización obrera, lo más próximo en el tiempo y en el espacio que encontramos es la existencia de una célula de la I Internacional en Sama de Langreo, en 1873, de duración e incidencia escasas en general y nulas en la minería¹⁷. Si hemos de dar crédito a Indalecio Prieto, el sentimiento de clase entre los jornaleros de las minas de Vizcaya y Asturias lo despertó Eduardo Varela:

13 *Enrique Celaya. Forjador*. Fundación J. Barreiro. Oviedo 1997.

14 FERNÁNDEZ, A. y GIRÓN, J. (eds). *Historia del socialismo en Langreo*. ASL 1997. No obstante, ya en 1890 “entre los mineros de Langreo reina gran animación tanto política como económica” (*El Socialista* 2/5/1890), según VIGIL MONTOTO, M., *Recuerdos de un octogenario*, Oviedo, 1992, pág. 57.

15. GÓMEZ-FERRER, G., *Op. cit.*, pág. 257ss. El cuadro solanesco [*La España Negra*, de G. Solana (1900-1920)] que en *La Espuma* (1891) cap. XIII se nos ofrece sitúa a Palacio Valdés entre los denunciantes más mordaces de la explotación obrera.

16 *Santa Rogelia*. 1926. GÓMEZ-FERRER, G., *Ibid.*, pág. 263-264.

17 RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.J.. *La cultura sindical en Asturias, 1875-1917*. Oviedo 2000.

“Dedicábase a vender novelas por entregas y libros a plazos... cuadernos literarios, folletos filosóficos y tomos de historia. Más tarde Varela pasó de Vizcaya a Asturias y allí recorrió los valles hulleros con igual comercio y el mismo afán catequístico... no hubo pueblo carbonero donde no encontrara eco la palabra encendida del tribuno ciego... un iluminado que no veía la luz”¹⁸.

Pues bien, Eduardo Varela viene por primera vez en 1893 y se instala en Asturias en el año 1894. En cuanto a prensa, *La Aurora Social* nace el 6/9/1896¹⁹. Hay, pues, un lapso de treinta años entre la situación que refleja la novela y la aparición de movimiento obrero organizado.

3. ANÁLISIS DE MAXIMILIANO ARBOLEYA.

3.1. *La apostasía de las masas obreras.*

La llamada apostasía de las masas obreras, en la Asturias industrial y minera, ya había sido enunciada por el canónigo Maximiliano Arboleya en octubre de 1900. Si es cierto que *LAP* se compuso entre 1898 y 1903, la tesis de Arboleya es rigurosamente contemporánea de la novela y no haría más que alertar sobre un fenómeno que en *LAP* ya está literariamente indicado en las broncas figuras de los mineros que llegan del industrializado Langreo. De todas formas, su tesis sobre la apostasía de las masas obreras tuvo peor suerte que nuestra novela y sufrió un fuerte rechazo de quienes no querían ver ni saber, hasta el punto que no le fue fácil editarla²⁰.

Treinta y tres años después, en la VII Semana Social de Madrid pudo Arboleya decir, sin más satisfacción que la del acierto –aunque para él doloroso– que ya nadie se atrevería a desmentirle a aquellas alturas de la historia: los obreros habían apostatado en masa, no ya con indiferencia sino con franca hostilidad hacia la iglesia, hacia sus representantes y las creencias hasta entonces sustentadas. En fecha intermedia el obispo de Oviedo, Juan Bautista Luis Pérez, se había visto en la precisión de escribir una *Carta a los obreros, singularmente de las minas de Asturias*²¹ (4/11/1927) en que se resiste a admitir públicamente la apostasía (“no habéis renegado de vuestra fe”) pero cuyo intento la da por supues-

18 PRIETO, I., *El propagandista ciego. De mi vida I*. México 1975-3^a.

19 VIGIL MONTOTO, M., *op. cit.*, págs. 55,ss, 69, passim.

20 La publicó al fin como *La acción social del clero según las enseñanzas de León XIII*. Oviedo. 1900.

21 *Boletín Oficial del Obispado de Oviedo*.

ta. Meses antes había publicado una carta pastoral (19/3/1927) sobre *La irreligión de los hombres*, problema contemporáneo, difícil de plantear y más difícil de resolver, cuya extensión y profundidad son enormes en expresión del obispo²².

Ahora bien, no se trataba de un simple abandono de la práctica religiosa sino una actitud colectiva de hostilidad y enfrentamiento, persuadidos los obreros de la complicidad de la Iglesia con los explotadores. Más aún: de que esa complicidad era fruto de una **impostura**, mecanismo **alienante** [narcótico popular u “opio del pueblo”, es decir falsa seguridad, falsa esperanza que el propio pueblo generaba en forma de convicciones religiosas], y finalmente, una **ideología**, enemiga de la ciencia y del progreso, instrumento en manos de la clase dominante a cuyos intereses está ligada la Iglesia manteniendo la pobreza y credulidad de las masas cuyos problemas no ha resuelto en 18 siglos²³.

De aquel enfrentamiento poseía el canónigo Arboleya una dura experiencia desde la pugna –que él califica de titánica– sostenida con el primer socialismo asturiano²⁴, especialmente con Manuel Vigil Montoto, director del periódico socialista *La Aurora Social*, quien publicaría un artículo, tristemente célebre “¡Vamos, Señor Arboleya!”²⁵. Vigil Montoto fue condenado y perseguido hasta la cárcel por escarnio a la religión.

3.2. *La Arcadia cristiana.*

En la VIII Semana Social (1934) se le encomendó a Arboleya hablar sobre la población campesina y sus cambios de actitudes y de valores²⁶. El sociólogo lavianés, amigo de nuestro novelista, para desarrollar su tema sobre la vida moral y religiosa de la población rural, en aquella Semana Social hace referencias explícitas a:

22 Ed. Imprenta y Fotgrabado ‘El Carbayón’. Oviedo 1927.

23 De estas convicciones daba traslado Isidoro R. Acevedo en el debate mantenido con el padre José Gafo (Oviedo 1919-20), que hemos publicado (*Socialistas y católicos en Asturias*. Gijón 2002). Véase *La quiebra de la religión según Karl Marx*. Ch. Wackenheim. Barcelona 1973.

24 Lo refiere en *El caso de Asturias*. Barcelona, 1915.

25 *La Aurora Social*, n. 170, 16/1/1903.

26 *Necesidad y procedimientos prácticos de elevar la vida moral y religiosa de la población campesina. VIII Curso de las Semanas Sociales de España. Problemas agrarios de España*. 30 sept.-7 oct., 1934. Zaragoza.

• la “*Arcadia feliz cobijada material y espiritualmente al amparo de la cruz salvadora del clásico campanario*” [Ibid. 521], es decir:

• “*nuestra aldea*” que era cristiana frente al avance fabril, industrial, de aquellos

• “*centros ‘civilizados’* [de los que] sólo llegan a las aldeas corrientes malsanas y corruptoras en todos los sentidos...aldea que se pone en contacto con la ciudad es aldea perdida como lo es la que se ve acariciada por el hálito paradójicamente desolador del progreso humano”. [Ibid. 523]

Está hablando Arboleya de la población de las aldeas en general pero tiene presente –con valor de ida y vuelta- a la suya, aquella cuyos inicios de cambio en mentalidad o cultura describía Palacio Valdés. Es más: si bien la novela muestra la aldea aún incontaminada, esto posee una validez de precedente para los análisis del canónigo y sociólogo. En aquella vida patriarcal, sencilla y sin sobresaltos, nos muestra -como pondré de relieve- la situación previa a la llamada apostasía, en este caso de la población campesina, y sus causas.

3.3. *Relevo en la aldea.*

M. Arboleya delimita esa población campesina = pequeños propietarios, colonos y aparceros, asalariados del campo, auxiliares. Y la cuantifica en 18 millones de campesinos, en España (1934).

En 1900 podía afirmar que el obrero del campo

“aún conserva intacta, por regla general, la fe de nuestros mayores: apartado el mundo, entregado a sus ocupaciones nobilísimas, es todavía muy religioso, practica la piedad y tiene de la doctrina cristiana un concepto bastante más claro que muchos tenidos vulgarmente por sabios. Las grandes masas agrícolas aún no están influidas por las deletéreas corrientes, que tantos cerebros han trastornado; pero es preciso tener en cuenta ya que la propaganda anticatólica llega ya, en forma de periódico, al apacible hogar del campesino. Acaso no pasen muchos años sin que también éste se quiera emancipar de la Iglesia...”²⁷.

En efecto, pasaron los años suficientes para registrar un cambio notable. Y en 1934 preguntaba:

“¿Puede alguien negar que lo de la apostasía de las masas reza con

27 ARBOLEYA, M.. *La misión social del clero*. Oviedo 1900.

ellos igual que con los obreros industriales? ... La apostasía de las masas ha empezado a tomar también posesión de los antes tranquilos y cristianos campos españoles”. [Semana Social, 521]

- *descenso de religiosidad:*

“Ausencia cada vez más desoladora del templo parroquial ... Tal vez en algunas fiestas populares, de tradición hondamente arraigada, la asistencia de fieles se muestre más numerosa ... la religiosidad todavía conservada entre nuestra población campesina carece de verdadera raigambre y es particularmente superficial y rutinaria, lo que explica, como veremos, el descenso lamentable que en la vida religiosa y moral se advierte”. [Ibid. 524]

- *descenso de moralidad:*

”Pero la desmoralización no consiste solamente en esas costumbres atrevidas y licenciosas: las exigencias de la rectitud y de la justicia, la honradez en los contratos y en el cumplimiento exacto de los mismos distan mucho de acusar una moralidad extraordinaria en el campo. Patronos y arrendatarios o colonos, y aún los propios vecinos entre sí, procuran engañarse mutuamente, y lo consiguen a menudo, hasta el extremo de que sean la falsedad y la trampa las que ocupan el lugar antes reservado a la probidad más acrisolada”. [Ibid. 524]

- *lentitud del fenómeno = profundidad del fenómeno:*

“La lentitud es la característica de las evoluciones aldeanas, pero también la mejor prueba de su trascendental importancia. Para todas las evoluciones son lentas en extremo las aldeas ... con la misma lentitud con que entró en ellas sale el Cristianismo de las aldeas, lo que sólo debería servirnos para comprender lo difícil que luego va a resultar la reconquista de esa población campesina descristianizada... El siglo XIX ha preparado y en gran parte completó la apostasía de la población obrera; en el siglo XX está preparando la apostasía de la población campesina”. [Ibid. 525]

El cambio de modo de producción:

”El los tiempos, no sé ciertamente si más felices, *de la economía cerrada*, cuando las aldeas vivían como si dijéramos sobre sí mismas, sin relación con el exterior, con el ‘mundo’; cuando ... los campesinos sólo iban a las ciudades para pleitear, para pedir préstamos al usurero o para corromperse, y eran tan pocos los que tal hacían, entonces resultaba muy fácil la conservación de la religiosidad en aquel medio favorable... Pero el progreso —que me libraré mucho de maldecir, culpándolo de lo que se debe a él infinitamente menos que a nuestro abandono- rodeó de caminos cómodos las aldeas más remotas, cruzó

sus caminos, antes silenciosos y olvidados, con los trepidantes ferrocarriles y automóviles; abrió a los productos agrícolas los mercados todos del mundo; colocó a los campesinos en contacto con otras costumbres, con otras preocupaciones, con grandes extravíos; infiltró en el ambiente plácido de la aldea el que envuelve con hálitos envenenados las granes urbes y los centros fabriles”[Ibid. 530-531].

Ignorancia religiosa de las masas campesinas.

Nadie se ha molestado en procurar que se enseñe el catecismo. Y se da una mala enseñanza de éste: tormento dantesco para la pobre criatura, conceptos confusos no entendidos que no valen para la vida, frases que sólo sirven para mover a risa.

“el labrador sintióse como en un ambiente distinto, donde la religiosidad queda relegada a un último término, ya que no arrumbada totalmente por inútil y aun perjudicial; y lo que sólo se sostenía, sin base y sin arraigo, por fuerza del hábito, del medio, de la tradición, se comenzó a evaporar como el aroma de un licor delicado expuesto a la intemperie“. [Ibid. 530]

Otro tanto sucede cuando cambian de medio porque salen de su aldea para ir a la mili, o para buscar trabajo, sin formación humana, sin apego a la vida campesina ni a la profesión labradora o a cuanto es propiamente aldeano. [Ibid. 531]

Lo resume Arboleya así:

“el abandono en que hemos dejado a la población campesina sin tenderle una mano amparadora que la sostuviera en ese, por lo demás inevitable, derrumbamiento de su viejo ambiente, de sus costumbres patriarcales y de sus tradiciones venerandas. .. ¿Qué se ha hecho, que se ha intentado siquiera para evitar que la población campesina se dejara arrastrar por la vorágine de ese cambio arrollador de tradiciones y costumbres cristianas? El impetuoso empuje los halló con una religiosidad superficial, inconsistente, sin la menor base, privada de todo arraigo serio: la resistencia debía de ser muy tenue, y el torbellino arrasó lo que nosotros nos habíamos limitado a procurar que se conservara, cuando había necesidad de defenderlo bravamente”. [pág. 532]

Los salarios de hambre. La miseria, que es *per se* incompatible con la vida virtuosa y en consecuencia deja de ser cristiana.

El maltrato de colonos por terratenientes y administradores, que les hace vivir sometidos “a la esclavitud que León XIII denunciara hablando de los obreros industriales” [pág. 534]. Los cuales, a su vez,

“han tenido especial empeño en hacer ostentación fastuosa de religiosidad...”. [Ibid. 535] Esos “grandes propietarios ... aparecen cuidadosamente ante el pueblo campesino como grandes y fervorosos católicos y acaso el cura...secundó comedia semejante, lo que ha hecho que aquí, igual que en el mundo de la industria, una verdad indiscutible la identificación de la Iglesia Católica con los explotadores del trabajador.... Esta dolorosa confusión [es] bastante por si sola para explicar todas las apostasías”. [Ibid. 536]

4. EL CLERO DE *LA ALDEA PERDIDA*.

Si desde estos análisis regresamos a nuestra novela, observamos que los factores inventariados por el sociólogo encajan perfectamente en el mundo descrito en la novela-poema de costumbres campesinas y por los antecedentes en ella contados no resulta extraño cuanto luego sucedió. La perfecta articulación de la doctrina Arboleya con la doctrina Palacio Valdés resulta y resalta verídica.

Reconoce González Novalín que la Iglesia que aparece en las relaciones *ad limina* presentadas a Roma en el último tercio del siglo XIX, no se planteaba todavía los problemas de la justicia social, sino una pastoral conservadora, tendente a prevenir el fenómeno del alejamiento²⁸.

Esto, como concepción desde arriba; desde el nivel de aldea que nos presenta LAP, no podemos decir que se halle ni siquiera un momento de ejemplaridad, de catequesis –aunque fuera mala-, de un sermón aun cuando sólo fuera el día del Carmen, de trabajo pastoral, ni menos aún de presencia comprometida con los problemas –sociales o particulares- de los habitantes de tan cantada Arcadia. La exclamación favorita del párroco de Entralgo, don Prisco “¡Miseria humana!” era insuficiente para orientar conciencias, alentar en los problemas o fracasos, corregir lo que se torcía y personalmente estimo que encierra una penetrante ironía en

28 GONZÁLEZ NOVALÍN, J L., *op. cit.*, págs. 34-35.

aquel contexto dramático²⁹. Sólo hay un episodio de apoyo personal en una situación de duelo, que por cierto termina en una brisquita.

El clero ha contribuido --decía Arboleya-- como identificado con aquellos propietarios, saliendo en su defensa y patrocinando sus abusos e injusticias en defensa de la propiedad privada. [Semana Social 1934. p. 533]

“Nuestros campesinos, como antes los obreros de la industria, se alejan de la Iglesia, es decir, de nosotros, por dos razones principales: porque nos ven pasar indiferentes ante sus miserias y explotaciones y porque nos presentamos a su vista ... de un modo indiscutible al parecer, como los aliados y defensores de los patronos inhumanos”. [Ibid. 548]

Es obvia y reiterativa la compañía, trato, familiaridad y hasta complicidades de don Prisco con los poderosos, con los terratenientes, con quienes, además de en el obsesivo juego de baraja, se alía contra el progreso:

“Los únicos que en aquella tertulia pensaban mal de las minas y no ansiaban las reformas, a más del capitán, eran su primo César, el señor de las Matas de Arbín, y el párroco don Prisco”³⁰

Junto a él un rufianesco don Lesmes significa sencillamente un fracaso personal, el de un usurpador de un *modus vivendi*, o sea de un oficio eclesiástico, sin aquello que se llama vocación; un hombre apresado entre las muelas de su medio de vida y la ley del celibato impuesto:

“No tenía más que la prima tonsura impuesta para que pudiese disfrutar las pingües rentas de una capellanía de familia. Le estaba vedado, por tanto, contraer justas nupcias. Pero no pensaba que le estuviesen vedadas las injustas”³¹.

Arboleya lo nombra como “el capellán don Senén [que] es un tipo repugnante, un Tenorio conocido por todos ... constituye una nota antipática”³², señalando

29 LAP., ed. A. Ruiz de la Peña. Nota 27, pág. 135.

30 LAPÁG. Cap. V, pág. 135.

31 LAP, cap. V, págs. 133-134.

32 M. ARBOLEYA (pseud. ‘Maravillas’).- IV “La aldea perdida” (*El Carbayón*, n. 484.

por su nombre real al referente identificado en Laviana. Reconocido además como cobrador de las rentas y censos de una familia poderosa.

No obstante su ridículo lance³³ es menos dañino –con serlo- que aquella ausencia de acción pastoral y la desatención de unos ‘fieles’ que sufrían la agresión en su cultura y sus creencias al socaire de unas novaciones que cambiaban radicalmente su vida personal y colectiva. Menos corrosiva, desde luego, que la connivencia con los poderosos y que la enajenación ante el llamado problema social o que la falta de denuncia de las diversas explotaciones en presencia:

FINAL

No puedo menos de terminar con la anotación de una curiosa tangencial de la denuncia de un personaje de ficción –y por ello, de valor categorial- con la predicción de otro real. Por supuesto, sin suscribir ni la predicción ni la denuncia.

Don César de las Matas de Arbín, personificación de la resistencia al cambio, y trasunto, creo yo, de aquel abuelo de quien Palacio Valdés trazó expresivo retrato en *La novela de un novelista*³⁴, don César –erguido y arrogante en medio del campo, trémulo de indignación, con sus blancos cabellos flotando, los ojos chispeantes, los puños crispados, se dirigió al grupo de próceres de la Pola de Laviana gritándoles la famosa exclamación que anunciaba el relevo de la civilización por la barbarie.

Tres años antes, el joven sociólogo Maximiliano Arboleya, en 1900 y en ocasión académica solemne, refiriendo la apostasía de las masas obreras industriales ante un claustro de profesores, abogaba así, desde una óptica muy definida: “Sólo nos queda la *barbarie* civilizada, que es el resultado de la apostasía social que lamentamos”³⁵.

feb 1903).

³³ LAP capág. VIII, pág. 182 y 189.

³⁴ GONZÁLEZ, E., “El abuelo de Camanciu”, en *Cubera*. n. 36. Villaviciosa, 2003, pág. 23-27.

³⁵ *La misión social del clero*, pág. 24.

APÉNDICE

Informes de tres obispos de Oviedo en sus visitas ad limina en el s. XIX

Ignacio Díaz Caneja (1848-1856).

Visita *ad limina* de 1852.

a- “Las guerras y contiendas que se abatieron sobre el reino no sólo dañaron a la nación, sino que causaron profundas heridas en esta tierra. Las guerras civiles alteraron las costumbres del pueblo mientras una banda de cabecillas perturbaban su convivencia y lo hacía indiferente en materia de religión ... Los levantamientos y las luchas degeneraron en anarquía, desobediencia a las leyes, falta de temor de Dios; en una palabra: todas las calamidades y males”.

b- Extranjeros: “Además, al establecerse en la diócesis una *industria montada por extranjeros*, llegaron a ella protestantes y otros sectarios, que se ríen de nuestra fe y nuestro culto y que, con su palabra y ejemplo, van deteriorando las costumbres indígenas, todavía ingenuas: Se observa también (con dolor lo refiero) que los naturales no se escandalizan de sus herejías, como antes, ni muestran la firmeza en la fe, característica de los españoles” [Novalín, p. 195-196]

Benito Sanz y Forés (1868-1881).

Visita de 1869/70. Presenta un pueblo “ávido de escuchar la palabra divina... muchedumbres que llegan a escuchar la predicación en las visitas pastorales y misiones populares, después de haber recorrido grandes distancias. Aumenta la frecuencia de sacramentos, pero “se divulgan malas lecturas con grave peligro para la fe”.

Visita de 1877/79. “Desde que se permitieron en España las sectas (libertad de cultos), los protestantes ejercieron intenso proselitismo difundiendo libros y adquiriendo lugares para predicación y cultos” Con escasa influencia.

Prolifera entre los jóvenes propaganda liberal (*ex putrido fonte liberalismi*) y masónica. *Visita de 1881.* Blasfemia, infiltración protestante con escaso fruto, afiliaciones a la masonería, invasión de propaganda del liberalismo.

Ramón Martínez Vigil (1884-1904).

Visita de 1885/86. Las contiendas pasadas dejaron veneno incluso en el clero. Señala la práctica del rezo del rosario en familia. Pérdida de fe. Presencia de masones. Incremento de blasfemia. Poca ayuda de las autoridades contra la mala prensa.

Visita de 1888. La industria adquiere gran desarrollo. La inmigración favorece la difusión del socialismo, en grupos cerrados. Socialismo no violento. Logra mayores con-

quistas en las empresas donde los patronos permiten que circule la propaganda escrita que viene del exterior. Nobles políticos relevantes –clase alta religiosa y ejemplar. Excesiva tolerancia con profesores y escritores menos respetuosos con la religión.

En la visita de 1901 repite el diagnóstico de 1888. Aumento del número de obreros en minas y fábricas, inmigración que trae el socialismo, sin carácter violento. Propaganda bajo tolerancia patronal.

[GONZÁLEZ NOVALÍN, J. L., *Las visitas ad limina de los obispos de Oviedo (1585-1901). Una fuente eclesiástica para la historia de Asturias*. RIDEA. Oviedo, 1986].